

POR QUÉ EL PARTIDO SOCIALISTA

CARLOS FURCHE

El inicio formal de la transición a la democracia marca un punto de inflexión en nuestra historia.

En efecto, la cancelación de otras experiencias autoritarias contemporáneas, en las cuales es posible descubrir diversas analogías con la dictadura chilena, como son el caso de España, Portugal, Brasil, Argentina y Uruguay, muestra el carácter marcadamente fundacional que adquieren los períodos de transición, que no solamente dan origen a un nuevo sistema político, sino que también abren paso a nuevas formas de relación entre los actores sociales y políticos, y a nuevos sentidos comunes en la sociedad, que en definitiva determinan la consolidación de espacios de influencia ideológica y política con legitimidades que tienden a permanecer por largo tiempo.

Nuestra propia historia avala ampliamente esta aseveración, pues en Chile los ciclos de estabilidad política, luego de superadas experiencias traumáticas, suelen ser bastante prolongados, como ocurrió por ejemplo luego de la caída de Ibañez, que permitió la consolidación de un marco político e institucional que se prolongó por más de cuarenta años.

Por otro lado, así como los períodos dictatoriales están marcados por una fuerte atomización de la sociedad civil, tanto en sus expresiones partidarias como sociales, muchas veces consumidas en querellas intestinas o seducidas por las tendencias a la autoreferencia, quizás entre otras cosas como producto de la impotencia colectiva por revertir una situación política tan adversa, el inicio de la transición obliga al reagrupamiento, en la medida en que la política deja de ser una actividad reducida a pequeños círculos y recobra su escenario masivo nacional, mucho más exigente en materia de propuestas y de eficacia en la acción.

Junto a lo anterior, es también constatable que dichos reagrupamientos se producen alrededor de las grandes expresiones políticas existentes con anterioridad a la irrupción autoritaria y que permanecieron en la memoria colectiva y, excepcionalmente, a partir de organizaciones surgidas durante el período autoritario, que consiguieron llenar espacios políticos no cubiertos por las fuerzas tradicionales y legítimarse en la lucha democrática.

Un ejemplo notable de esto último es el surgimiento del Partido de

los Trabajadores (PT) en Brasil, que nace en 1980 y en menos de diez años se convierte en la principal fuerza política brasileña. Es útil recordar, sin embargo, las especiales circunstancias que permitieron este fenómeno, entre las cuales destacan en primer término el vacío político e ideológico existente en el campo de la izquierda, que salvo momentos fugaces, nunca tuvo expresión ideológica, política y orgánica con capacidad real de influencia en dicho país.

Debe recordarse igualmente el origen concreto del PT, que nace desde la práctica social de las principales organizaciones sindicales del país, que justamente se proponen llenar el vacío antes aludido, para lo cual además cuentan con el decisivo apoyo de la iglesia progresista, que a fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta alcanza la cúspide de su importancia como factor de reorganización de la sociedad civil y de legitimación de opciones de claro contenido popular.

NUESTRO DOMICILIO POLÍTICO

No hay razones para pensar que el sistema político que comienza a con-

solidarse en Chile y que ya acusa una importante reaglutinación de fuerzas, que de hecho reduce el espectro político a dos partidos principales en la derecha, dos en el centro e igualmente dos en la izquierda, deje espacio para el desarrollo alternativo de otros polos de reordenamiento político, especialmente en el ámbito de la izquierda, que recuperada la memoria histórica mantiene un nítido y creciente predominio del Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS) unificado como expresiones partidarias principales.

Por lo demás, un análisis de los factores que en otros procesos políticos permitieron el surgimiento de nuevas expresiones partidarias, como el ya mencionado caso del PT en Brasil, permite apreciar las evidentes y decisivas diferencias respecto de la situación chilena, de tal manera que parece inevitable la profundización de tendencias ya altamente extendidas.

Sin perjuicio de lo anterior, caben otro tipo de interrogantes que dicen relación con la pertinencia y bondades de dichas tendencias, pues de la respuesta debería depender la actitud de aquellos que no están alineados en una de las dos opciones partidarias principales de la izquierda. Dicho en

otros términos, si existen quienes consideran que la consolidación de una izquierda bipartidista es negativa para el movimiento popular, deberían agotar todos los medios legítimos a su alcance para buscar la construcción de alternativas, como de hecho ocurrió con mucha fuerza desde mediados de la década de los sesenta hasta nuestros días, como lo muestra el nacimiento del MIR, del MAPU y de la IC, partidos que surgieron, entre otras razones, como expresión de desconformidad con las definiciones ideológicas y formas orgánicas concretas asumidas por los partidos tradicionales de la izquierda.

Si por el contrario, el reordenamiento ya perfilado parece deseable, en la medida en que potencia opciones con historia, con voluntad y capacidad de influencia en la actual coyuntura y con vocación de constituirse en opción de transformación de la sociedad chilena, no hay razones para restarse a este proceso de reunificación de fuerzas, que es particularmente vigoroso en el mundo socialista en el cual registramos nuestro domicilio político.

CONCLUSION POLITICA DETERMINANTE

Afirmar que en nuestro tiempo, y no sólo en materia de definiciones políticas, las certezas son mucho menos numerosas que aquellas que nos parecían tan obvias y claras hace sólo algunos años, es casi un lugar común. Una revisión crítica de la historia que nos ha tocado vivir, de nuestros aciertos y errores, ya debería ser suficiente para cuestionar nuestras respuestas y desafiar nuestra imaginación.

Junto a ello, los cambios vertiginosos e imprevisibles en magnitud y rapidez registrados en Europa del Este no hacen más que aumentar las perplejidades y potenciar la necesidad de redefinir los significados de palabras, valores, símbolos, imágenes y propuestas que durante décadas constituyeron ejes orientadores de nuestro quehacer político. Desde luego, una respuesta fácil a los procesos que se expresan en el derrumbe de las experiencias de socialismo real es señalar nuestra distancia ideológica con dichos proyectos, para lo cual podemos citar documentos ideológicos, estatutos partidarios y actitudes políticas diferenciadoras.

No obstante, ello no resuelve el problema central, que es definir, ahora en términos positivos, cuales son los contenidos de nuestra utopía y cuales las expresiones cotidianas en todos los planos de la vida social que le dan identidad y capacidad de desarrollo. Esta reflexión, seguramente compartida por muchos, tiene a nuestro juicio una conclusión política determinante, que se traduce en la urgencia de buscar espacios de militancia con quienes nos hacemos similares preguntas, a diferencia de otras épocas, en que lo que definía nuestras identidades y compromisos partidarios era la existencia, real o forzada, de respuestas comunes para los principales problemas del país.

RESPUESTA Y DESAFIO ABIERTO

Hasta ahora nos hemos conformado con señalar que anhelamos armonizar democracia y socialismo, con lo cual afirmamos que no queremos ser me-

ros administradores del capitalismo, que buscamos transformarlo y sustituirlo; y que lo haremos respetando las reglas de la democracia y por ende asumiendo sus tiempos y sus espacios. Es claro que se trata de premisas básicas, pero su nivel de generalidad no permite apreciar ni nuestras diferencias, que seguramente las hay, ni marcar los límites dentro de los cuales nos moveremos en el próximo tiempo, más allá de nuestro compromiso irrenunciable con la recuperación y fortalecimiento de la democracia.

Una segunda conclusión igualmente relevante que se desprende de lo anterior, y que es imprescindible asumir y normar adecuadamente, dice relación con el tipo de partido que permita este proceso de búsqueda y de redefiniciones, que sólo puede darse en un marco en que el juego de tendencias, la ausencia de pretensiones monolíticas y el pleno respeto a la democracia interna sean aspectos no sólo aceptados como un mal menor, sino parte constitutiva de una nueva forma de concebir el desarrollo partidario.

Nos parece que el proceso de reunificación del PS va encaminado en esa dirección, y estamos convencidos que con un esfuerzo generoso este puede ampliarse y potenciarse con la incorporación de otros sectores, con historias y vertientes culturales diversas, que pueden reforzar la imagen y la práctica real de un partido popular que es capaz de recuperar su historia y su tradición y, junto con otros actores, remodelarla, dando origen a una opción que es a la vez continuidad y ruptura, respuesta y desafío abierto al futuro. ☐

